



DON PÉLAYO

V LA

VIRGEN DE LOS REMEDIOS

POR

FRANCISCO FERNANDEZ DEL CASTILLO

**A mi viejo amigo el erudito historiador
y laureado poeta José de J. Núñez y Domín-
guez.—Carñosamente. EL AUTOR.**

Narran vetustas crónicas, que allá en los nebulosos tiempos del reino Visigodo, vivía en la Corte del Rey Vitiza, Doña Luz, dama de gran belleza y acrisolada virtud, hija de uno de los más encumbrados personajes, y de cuyas gracias y hechizos el soberano se había prendado; pero como la lujuria y poderío real, hacían que el monarca siempre llevara a cabo sus propósitos cuando los torpes deseos lo incitaban, Doña Luz estaba en la mayor angustia por saber que el Rey no ponía dique a sus desenfrenadas pasiones, sobre todo a su concupiscencia.

La verdad, es, que no están conformes los historiadores sobre el carácter de Vitiza, porque según unos, había empezado su reinado gobernando al pueblo con suma prudencia, justicia y cordura, y después, en medio de la corrupción de esa corte, se volvió déspota, sanguinario, lujurioso y malvado, al grado de que lo comparaban con Nerón.

Se atrajo la enemistad de casi todos los nobles, porque los atacó quitándoles muchos derechos y privilegios y para prevenir sus levantamientos, desmanteló casi todas las fortalezas, con lo cual hubo de causar muchos perjuicios a la nación cuando a los pocos años fué invadida por los sarracenos. Según otros autores, fué un buen rey y la mala fama le venía de que no toleraba el orgullo de la nobleza irrespetuosa y altanera que se quería oponer a la Real Majestad, y porque no permitía que se abrogaran más derechos de los que les correspondían; procuró mitigar la opresión en que vivían los judíos y con eso se conquistó también la mala voluntad del Clero, el que después de haber logrado que los godos adoptaran la religión católica, con sus célebres concilios, había conseguido grandes bienes al país, entre otros trató de fusionar las razas derogando (VIII concilio) la prohibición de matrimonios entre godos e iberos.

Dejamos al curioso lector el trabajo de averiguar si Vitiza fué malo o bueno, limitándonos a referir lo que a guisa de verídica historia nos refiere fray Antonio de Santa María y reproduce Cabrera y Quintero, que el Rey se enamoró de Doña Luz la cual se encontraba no solamente ante el peligro gravísimo que corría su honra, sino con otro porque habiendo contraído enlace secreto con Don Fabila, Duque de Cantabria, hermano del Rey difunto Recisvindo⁽¹⁾ temía Doña Luz, que al descubrir el casamiento se desataran terribles persecuciones y venganzas en contra de su familia y la de su esposo.

Más tarde, ya sea por este motivo o porque realmente estuviera inodado en alguna conspiración, Vitiza persiguió a Don Fabila así como a su hermano Don Teudefredo, Duque de Córdoba; a éste le hizo sacar los ojos y a Don Fabila lo desterró y parece que después lo mandó matar.

Fruto del matrimonio secreto era un tierno infante a quien la madre conservaba oculto, porque sin duda, si el tirano Vitiza descubría al niño le mandaría quitar la vida.

Por todas partes los espías del monarca lo enteraban de lo que pasaba y por doquier tenía ella el peligro de que su hijo, cayera en manos de los que con seguridad le darían cruel muerte en medio de los más atroces tormentos.

Con esto ya se comprenderá lo que la infortunada Doña Luz sufría. En vano buscaba algún remedio a su situación cuando se le ocurrió a la cuitada enviar lejos al infante de pocos días de nacido poniéndolo en manos de Dios, en la misma forma en que a Moisés habían puesto.

La desventurada Doña Luz mandó calafatear un arcón y colocó en él a su hijo; puso la mayor cantidad de alhajas y telas de gran riqueza que pudo, una bolsa con monedas de oro y un pergamino en el que suplicaba a la persona de alma caritativa que se encontrara al niño, lo cuidara conforme a su calidad que era mucha y según su alcurnia que era elevada y que el niño había recibido con las aguas del bautismo el nombre de Don Pelayo.

Colocó también Doña Luz en el arcón junto al infante una escultura pequeña de la Virgen para que le sirviera de amparo y protección y como buen piloto lo llevara a salvo a seguro puerto, y llena de dolor deslizó sigilosamente lo caja en las revueltas aguas del Tajo, confiando con fe ciega en la bondad divina para que lo salvara, según cuenta don Cayetano Cabrera y Quintero en su "Escudo de Armas de México."

*
*
*

El muy poderoso señor Don Grafases alejado de la perversa corte gótica, pasaba sus ratos desocupados que probablemente eran todas las horas del día, en la misma ocupación que los demás señores de esos tiempos: justas, torneos y cacerías. Estando en una de ellas corriendo un ciervo, por

(1) Conde de Segur.—Historia Universal.

las márgenes del río, cerca de Alcántara, vió flotar en las aguas un objeto extraño e intrigado con ello, mandó a su séquito que llevaran el bulto a tierra, pues cualquier cosa que fuera serviría de distracción momentánea a su constante murria.

Con pértigas, maromas y cordeles y ayudado por un sobrino que se arrojó al agua, consiguió llevarlo a la orilla y Don Grafases se encontró con que era un viejo arcón y al abrirlo vió a un niño de pocos días de nacido, medio desmayado y casi moribundo.

El infante había navegado en la caja más de cuarenta leguas.

Don Grafases leyó la carta y se hizo cargo del niño llevándolo a su castillo sin saber quién era, hasta siete años después que supo toda la historia en Toledo por la misma Doña Luz que era su sobrina y sin figurarse que ese niño había de llegar a ser una de las figuras culminantes en la historia de España, el fundador de una nueva y gloriosa monarquía y que, mientras exista el pueblo español, mientras en el mundo haya quien hable ese idioma, el nombre de Don Pelayo será venerado y se conservará en la historia de la humanidad como el iniciador de la independencia de un pueblo que peleó heroicamente más de siete centurias por su reconquista, con hazañas tales, que cada una de ellas es un poema de caballería.

Mientras el niño crecía, una conspiración acabó con el reinado de Vitziza; el monarca fué preso y condenado a que le sacaran los ojos y pocos días después murió a consecuencia de la herida. Su hijo Achila tuvo un reinado efímero porque los grandes señores no lo reconocieron y elevaron al trono a Don Roderico (Rodrigo) Gobernador de la Bética que según parece era hermano de Doña Luz, hijo de Teofredo y nieto del Rey Chindasvinto.

El joven Don Pelayo pasó a la Corte y estaba en ella cuando Tarif hizo su primera invasión (710) en el reino, como reconocimiento para ver las facilidades que pudiera tener la conquista de ese país que desde tanto tiempo codiciaban los agarenos.

Poco después, los francos invadieron las fronteras y mientras Don Rodrigo acudía a la defensa con sus tropas, Tarif Gobernador de Tanger, con Don Julián, de origen persa, Conde de Mauretania, Gobernador de Ceuta, antiguo partidario del difunto Rey, invadió el reino godó con fuerzas musulimes, se apoderó de Algeciras y avanzó sobre Córdoba.

Retrocedió Don Rodrigo de la frontera franca para detener al poderoso invasor, el que, mientras tanto, había estado recibiendo más y más refuerzos a las órdenes de Tarif, Muza y los principales partidarios de Vitziza hasta llegar a tener un ejército de más de veinticinco mil hombres aguerridos.

Por otra parte los hispano-romanos que no formaban una íntima unidad nacional con los visigodos, estaban cansados de su yugo; con trabajos pudieron soportar la dura tiranía de los visigodos que los humillaban como a vencidos, no permitiendo ni aún el enlace de ambas razas, hasta que últimamente uno de los concilios lo había permitido.

Los hispano-romanos vieron al principio con cierta indiferencia una

invasión que no parecía sino una guerra en la que los hispanos no conseguirían sino cambiar de dueño y seguirían casi de siervos, pues sólo sería una disputa entre los conquistadores actuales y los anteriores.

Así es que por lo pronto ni los ibero-romanos ni los cántabros ni asturianos tomaron gran parte en la defensa de sus dominadores contra las huestes agarenas.

Don Rodrigo tomó contacto con las fuerzas invasoras el 11 de julio de 711 en los llanos junto a laguna de Ianda. Al día siguiente se generalizó la batalla sangrienta y en lo más recio de la pelea, Don Opas consiguió que Sisberto deudo o partidario de Vitiza, que mandaba el ala derecha del ejército visigodo traicionara; entonces, los negros de Taric pudieron envolver parte de las fuerzas cristianas y éstas después de varios días de lucha desesperada, tuvieron que emprender la huída en el último encuentro, á orillas del Guadalete de donde tomó su nombre la famosa y sangrienta batalla.

Roderico derrotado, siguió peleando con mal éxito, pasó a Mérida y después a Lusitania en donde por agosto o septiembre de 713 parece que fué vencido y muerto por las tropas de Merúan, el Emir de Africa.

Don Pelayo tomó parte como bueno en todos estos combates.

"De los musulmanes que vinieron a España (dice un notable historiador)⁽¹⁾ unos eran berberiscos o africanos y otros árabes o asiáticos y la rivalidad que entre ellos existía en Africa, continuó en España desde los primeros tiempos de la conquista. Muza era árabe, Taric africano y a tal punto llegaron las disensiones entre ambos, que el Califa los llamó a Damasco para reconocer y juzgar con acierto las causas de sus mutuos odios y querellas".

Las fuerzas dispersas se refugiaron en las regiones montañosas cántabras y Don Pelayo fué proclamado Rey (713) teniendo por palacio las abruptas montañas, por cetro la espada y el casco por diadema; a la molicie y disolución de la Corte Visigoda se substituyó la pobreza honrada, el valor indomable, la sencillez de costumbres y la fe en la santa causa que defendía.

Las diferencias de razas se olvidaron, alrededor de Don Pelayo, antiguos conquistadores y conquistados formaron una sola patria, uniéronse con un solo lazo, el cristianismo, plantando la Cruz de Cristo frente a la media luna de Mahoma. Entonces ya fué una guerra nacional.

Dos razas y dos religiones iban a combatir por muchos siglos, recibiendo los cristianos como compensación a sus trabajos una civilización y una cultura muy superior a la que tenían.

La salida de Muza para obedecer las órdenes del Califa de Damasco, el enlace de su hijo Abdalaziz con Doña Egilona la viuda del Rey Rodrigo y la tolerancia conque el hijo de Muza trataba a los cristianos, hicieron que se concertara una tregua, pero habiendo muerto éste, Don Pelayo tomó de nuevo las armas para proseguir las hostilidades.

(1) Don Ricardo Beltrán y Róspide.

El Emir Alahor envió a su teniente Alcama con gran contingente para combatir a Don Pelayo y sin considerar las fuertes posesiones en que estaban los españoles, los atacó en sus grutas de Covadonga; pero el valor desesperado de las tropas de Don Pelayo ayudadas por una terrible tempestad que provocó una avalancha, ocasionó a las fuerzas musulmanas terrible derrota en esos desfiladeros y cayendo prisionero el traidor Arzobispo de Sevilla Don Opas.

Con esta batalla empieza propiamente la otra trascendental del reino. Cántabro-asturiano y se señala como el génesis de la reconquista. Los moros no volvieron a atacar esa región⁽¹⁾ y Don Pelayo pudo dedicarse a reorganizar el reino aumentando su población con los cristianos de León y Galicia que con él buscaban refugio, hasta el año de 737 en que murió dejando el trono a su hijo Fábila.

La venerada y milagrosa imagen que acompañó al niño en el arcón que pudo ser su ataúd, ¿lo siguió acompañando constantemente en las batallas en defensa de su patria invadida después de la iniciación de la reconquista? Es posible aunque lo ignoro, pero Don Jacinto Arias de Quintana Dueñas en sus "Antigüedades de Alcántara" refiere (lib. 8 Cap. 9) que durante mucho tiempo se conservó en esta población en una parroquia intra-muros que se llamaba Santiago. No dice si Don Pelayo la donó o si el mismo Don Grifas para que tuviera más culto la cedió a la Parroquia.

Refiere el mismo autor así como fray Antonio de Santa María, que siglos después un cura de esa parroquia que era un clérigo de San Pedro la vendió a un indiano después de haber estado mucho tiempo entre godos, moros, muzárabes y cristianos y el Padre Florencia escribe en el Zodíaco Mariano que un religioso agustino la llevaba amarrada en una correa o cinta de su orden al brazo, en las guerras de Alemania e Italia y que la dió después a su hermano Juan Rodríguez de Villafuerte, que fué quien la trajo a México.

Villafuerte pasó como conquistador a la Nueva España en compañía del Capitán Don Hernando Cortés; tomó parte en la expedición contra Pánfilo de Narváez y más tarde fué el encargado de la conquista de Zacatula, caminando por tierra a orillas del mar, mientras Isidro Moreno iba por las montañas y "a Villafuerte le dieron los indios mucha guerra y le mataron mucha gente" (Bernal Díaz del Castillo p. 170-171) nada hubiera conseguido sin la eficaz ayuda de Cristóbal de Olid.

Durante el asedio de México tuvo a su mando el Bergantín-Capitán.

* * *

Recién llegado a México, Cortés, pocos días después de haber puesto preso a Motecuhzoma, en una visita que hizo al templo, mandó derribar algunos ídolos con gran estupefacción de los sacerdotes y alboroto del pueblo

(1) Los musulmanes preferían ocupar las tierras fértiles de España y no se interesaban por las abruptas montañas en donde Don Pelayo se había refugiado.

creyente; todos esperaban que las sangrientas divinidades enojadas por la profanación vomitaran fuego sobre los *teules* pero nada pasó.

Cortés puso en lugar de esas divinidades la imagen de la Virgen que traía Villafuerte y a ella más que a sus hazañas debe este conquistador que sea conocido su nombre, aunque no con muchos detalles de su vida.

Una vez derrocados los ídolos y puesta en su lugar la veneranda imagen, recomendó Cortés a los sacerdotes paganos que mandaran blanquear las paredes de los adoratorios que estaban cubiertas de sangre de los sacrificios, que adornaran el altar decorosamente y hasta que se rompieron las hostilidades, siempre la tuvieron con cuidado, con ofrendas florales así como la cruz que al mismo tiempo había mandado poner Don Hernando.

Pero al ver los indios que la conducta de los conquistadores era diferente a la que deberían de tener los hijos de los dioses, cuando conocieron sus vicios y debilidades sobre todo, cuando el Capitán extremeño empezó a poner a los grandes señores, prisioneros en la "cadena gorda" el pueblo se disgustó, y más, cuando sus ídolos fueron substituidos por otras divinidades.

Entonces los sacerdotes dijeron a Moctezuma de parte de los dioses que los *teules* deberían salir del país y más "dixo que habian llegado muchos yndios a quitar a la Santa Imagen del altar donde la pusimos y que no pudieron e que los yndios lo tuvieron por gran milagro y que se lo dixeron a Moctezuma e que los mando que la dexasen en el mismo lugar y altar y que no se curasen de hacer otra cosa y así lo dexaron."

El mismo, según dice Bernal Díaz del Castillo en el Cap. CVII, solamente cuenta que en el templo mayor pusieron una cruz y una imagen de Nuestra Señora sin decir si era lienzo o de talla como especifica Andrés de Tapia en su Relación, de que fué una imagen "en un retablico de tabla" y un San Cristóbal, de que no habla Bernal.

Pero con fundamento o no, la tradición señala la figura traída por Villafuerte como la que estuvo en el templo mayor y a más abundamiento la relación que trae Bernal de que no la pudieron arrancar de su sitio parece indicar que era de bulto y no de tabla.

Todo lo habían tolerado los *tlamacazques*, hasta que fuera vejada la autoridad real con la prisión del pusilánime monarca pero cuando los hombres "barbados" atacaron a los dioses y profanaron el templo, se conmovió profundamente el alma de los creyentes y despertó en ellos el espíritu bélico dormido por el fanatismo a la autoridad real.

El pueblo se sublevó sirviendo como chispa que provocó el incendio, las matanzas de Alvarado en el templo mayor y pocos días después, cuando tuvo que huir de la ciudad de México el ejército invasor en la gráficamente llamada "Noche Tenebrosa", parece, según unos autores que dejaron olvidada en el templo a la sagrada imagen y otros creen que la salvó un soldado y que en el camino al llegar a Tototepec cerca de Tacuba la perdió sin sentirlo o la ocultó bajo de un maguey y no pareció sino más tarde en la forma que relata otra tradición y es la siguiente:

Cerca de Tacuba hay un cerro que se llamaba Tototepec que tenía un pequeño teocalli en la cúspide llamado Otomcapulco ⁽¹⁾ y parece según cuentan las historias, que allí se detuvo Cortés a reparar sus fuerzas después de la "Noche Triste". Ese lugar pertenecía a Teocalluican cuyo cacique se llamaba en tiempo de su gentilidad *Ce cuahulli* (un águila) y después en el bautismo tomó el nombre cristiano de D. Juan de Tobar y al que, uniendo su nombre pagano con el cristiano solían llamar D. Juan del Águila dando su nombre al pueblo (San Juan Teocalluican) y siguió siendo cacique, así es que tenía que pasar con frecuencia por ese lugar y varias veces se le apareció la imagen de una virgen que jamás había visto.

Lo avisó al cura y fueron al lugar donde solían ser las apariciones y como nada vieron, el padre atribuyó a invenciones del indio y no solamente no le hizo caso, sino que lo amonestó severamente a que no inventara patrañas.

Pocos días después, se encontró bajo de un maguey una escultura de María tal como la había visto en las apariciones, la recogió, la llevó a su casa y con toda devoción la puso encima de una cómoda. Al día siguiente la imagen había desaparecido.

Lamentaba Don Juan la pérdida de su "Cihuala" cuando a los pocos días volvió a encontrarla debajo del mismo maguey en que la había hallado la vez anterior; la volvió a llevar a su casa y otra vez se escapó.

Don Juan trabajaba en la construcción de la iglesia de Tacuba y tuvo la desgracia de que se le cayera encima una de las columnas que estaban levantando y le rompiera las piernas. Desquebrajado y moribundo fué llevado a su casa, cuando en la puerta de su habitación se le apareció la Virgen le ciñó las heridas con una correa y cuando amaneció pudo ir bueno y sano a su trabajo con gran admiración de los que le creían muerto o moribundo, según dice la leyenda.

Volvió el indio a buscar en la maleza y encontrando de nuevo a la Virgen le dijo muy amorosamente "no estáis bien aquí mi *cocotzin* (mi señora niña) en mi casa estarás mejor y te serviré con la reverencia debida", la envolvió en su *tilma* y la condujo a su morada en donde estuvo diez o doce años tranquila, al cabo de los cuales empezó la santa imagen a dar señales de que no quería estar más allí y desamparó la casa del cacique.

Este la recogió de nuevo del lugar conocido, la llevó a su hogar diciéndole palabras de cariño, le ofrecía como solían hacer en otros tiempos con sus ídolos, flores, guirnaldas y manjares, perfumes e incienso y para que no escapara de nuevo, la guardó en una gaveta bajo llave.

De nada sirvió la vigilancia, porque de nuevo se huyó. La recogió otra vez, pero entonces además de ponerla bajo llave, se acostó encima de la gaveta para que no la pudiera abrir y sin embargo al día siguiente había desaparecido.

(1) Otomcapulco quiere decir lugar del templo de los otomíes o barrio de los otomíes y todavía a fines del siglo XVII había en Tecalluican un barrio que llamaban de los otomíes, según rezan las escrituras de la hacienda de Santa Mónica.

Al ver que siempre se iba al mismo lugar, comprendió el cacique que allí era donde quería que le levantaran un templo.

Consultó el caso con el maestro don Alvaro Tremiño, Maestrescuela de la Catedral y con otras personas y dedujeron que lo que quería la Virgen era un altar; se le colocó en él y de él se huyó. Entonces comprendieron que deseaba un templo y llevó la imagen a la iglesia de Teocalhuican y de allí se regresó de nuevo a su bosque y su maguety.

Por fin, estando en cierta ocasión muy enfermo D. Juan de Tobar se hizo conducir en angarillas a ver en su santuario a la Virgen de Guadalupe la cual le ordenó "que convocase a los vecinos para que le construyeran su templo a la santa imagen y que le hiciesen aunque fuera una casa pajiza, es decir con techo de paja y con un altar de tres cuartas de alto por una vara de ancho".

El cacique después de oír a la Virgen de Guadalupe, se sintió bueno y sano y pudo volver muy contento por su pie hasta su pueblo sin que sintiese ninguna molestia y empezó a poner en práctica lo que la Guadalupana le había ordenado.

Terminado el templo, no hubo necesidad de traslación ni dedicación porque una linda mañana apareció la imagen en su propio altar.

La ermita estuvo muy bien cuidada mientras vivió el cacique pero murió éste y llegó a estar casi arruinada en el centro de una selva de malezas, cuando una vez acertó a pasar por allí D. García de Albornoz que, como regidor y obrero mayor de la ciudad de México tenía a su cargo la cantera de los Remedios, se encontró la ermita desierta y ruinosa y la venerada imagen abandonada.

Admirado de la ingratitud de los españoles por la virgen que les había ayudado tanto en sus congojas y a la que le debían en parte el triunfo de los castellanos al grado de llamarla "Nuestra Señora de los Remedios o de las Victorias", solicitó licencia del Cabildo para levantar una iglesia, lo que le fué concedido por el Ayuntamiento de México según acta de 30 de abril de 1574 y se pudo estrenar el año siguiente; tenía como gran parte de las de esa época, techo de vigas que se cambiaron más adelante por bóvedas, las que según el decir de D. Carlos de Sigüenza y Góngora se inauguraron en 25 de marzo de 1629.

Como dato que puede ser una curiosa coincidencia que nos aclarará muchos de los milagros, diremos que el D. García de Albornoz que descubrió la ermita arruinada, estaba casado con Dña. Aldonza de Villafuerte hija de Juan Rodríguez de Villafuerte que fué quien, como dije antes, trajo la venerada imagen de España, y tanto Doña Aldonza como su hermano Gonzalo Rodríguez de Villafuerte casado con Da. María Rincón viuda del Conquistador Pedro Maldonado, fueron grandes benefactores de la ermita ⁽¹⁾.

(1) En Puebla existe otra imagen y hay también la creencia de que es la que vino con Cortés y también le llaman Virgen de los Remedios, asegurando ser la auténtica. Creo que la de Puebla es la que dejó Don Hernando al pasar por Cholula.

*
* *

Estas son a grandes rasgos las principales piadosas tradiciones sobre el origen del culto a "*Nuestra Señora de los Remedios*"; tradiciones pintorescas que nos presentan a la santa imagen viendo a los hispanos subyugados por los godos y oyendo las deprecaciones que le hacían para libertarse de sus soberbios opresores, cuyas contiendas brutales presencié y vió también, como los visigodos al volverse cristianos y gracias a los Concilios Toledanos, modificaron sus costumbres y empezaron a tratar con más benignidad a los conquistadores hasta llegar a permitir los enlaces entre los de ambas razas.

La santa imagen según la leyenda, presencié cuando los sarracenos como una avalancha acabaron con el reino visigótico, vió levantarse las alegres y voluptuosas mezquitas de Alá como filigranas pétreas, en vez de las austeras iglesias de Cristo y en el silencioso retiro en donde estaba escondida, escuchaba las oraciones de los cristianos perseguidos y los consoló, cuando atribulados y de hinojos le ofrecían incienso y flores, mientras, en lo alto de las mezquitas, el almuecín llamaba a la oración.

Oyó los ruegos de los muzárabes afligidos; vió surgir el magnífico Califato de Córdoba y el reino de Toledo en todo el esplendor de su adelantada cultura, construyendo sus palacios portentosos y grandes mezquitas que parecen ideales bosques de columnas decoradas con maravillosos encajes, filigranas de piedra cubiertas con deslumbrante riqueza, adonde llegaban los agareños tintos en sangre de cristianos a dar gracias a Alá por sus victorias y como éstos, fueron reconquistando su patria pulgada por pulgada y levantaron de nuevo la Cruz en donde el estandarte de Mahoma había sido colocado, hasta que vió por fin la conjunción completa de la media luna en el suelo español quedando la insignia mahometana a los pies de la Madre de Cristo.

En la soledad de su humilde iglesia de ojivales ventanas, fué testigo de todos los horrores y maravillosas proezas de esos tiempos de lucha encarnizada y después de varios siglos de estar en la escondida parroquia, acompañó a las huestes de Carlos V a las sanguinarias expediciones de Alemania e Italia hasta que pasó al Nuevo Mundo.

En el viejo había visto la virgencita escenas de sangre, sangre por doquier, por todas partes la crueldad y la avaricia hermanadas con todas las malas pasiones y en el Nuevo Mundo va a ver lo mismo porque el corazón humano es igual en todo el universo.

En México desde lo alto del gran teocali vió a los *tlamacazques* (sacerdotes) del cruel *Huitzilopochtli* quitar con habilidad suma la piel entera a la infeliz víctima para revestirse con ella y conservar puesta por mucho tiempo su fétida y horripilante envoltura; los vió abrir con el filoso cuchillo de obsidiana, los pechos, sacar el corazón de los castellanos e indios enemigos,

para ofrecerlo a las sangrientas e implacables divinidades. Vió esa virgencita a los hombres *blancos y barbados* cubiertos de acero, segando con las filosas toledanas, en nombre de un Dios de amor y misericordia cuya religión predicaban, las vidas de los infelices que defendían su patria, como ellos mismos habían defendido la suya contra el musulmán.

En el curso de los siglos siempre ha visto sangre, sangre por todas partes; parece que la tierra ha sido abonada con sangre y lágrimas, para ser fecunda. La santa imagen en el Viejo y en el Nuevo Mundo, no ha escuchado sino los lamentos de los vencidos y el alarido de salvaje júbilo del triunfador tinto en la sangre del vencido, sea cual fuere la época y el traje y solamente de vez en cuando, como destellos luminosos en la obscuridad del universo, como alegres rayos de sol, parecen las virtudes y la caridad, el amor y la nobleza de alma.

Después de la conquista, la Virgen ya no quiere ver más sangre; con la que ha visto derramar en ambos continentes podía haberse formado un mar en el que desapareciera la humanidad cual nueva Atlántida, y se oculta en el campo en donde el tomillo y la retama, el yoloxochitl y flores silvestres le brindan su perfume suave y delicioso, por completo diferente del acre olor de la sangre derramada; entonces su templo que tiene por bóveda el estrellado firmamento siempre está lleno de aromas.

Por fin la Virgencita se deja ver por un humilde cacique que le levanta sencilla ermita la cual pronto es abandonada porque no tiene brillo ni esplendores y queda la Virgen de nuevo escondida entre las ruinas y escombros de la capilla, que la incuria y la ingratitude habían destruído y se cubre con espeso follaje como si la naturaleza tratara de ocultarla a las miradas del hombre, con un bosque de policromas y perfumadas flores.

Años después se descubre entre la maleza que oculta su derruído santuario y de nuevo se le levanta un templo en donde mira otra vez codicia de conquistadores y oye de nuevo lamentos de oprimidos que ocurren a ella en busca de alivio a sus penas y vicisitudes. Desde su altar ya no oye sino la solicitud de oro, oro le pide el avariento encomendero, oro le pide el vencido para pagar al conquistador.

Pasa mucho tiempo y vuelve la época de sangre, pero en esta ocasión ya no está como *consolatrix afflictorum* esta vez se le toma como bandería política, se le nombra Capitana Generala del Reino y como un sarcasmo, en su augusto nombre se mata y fusila a los que buscan la independencia de su patria y la ponen como bandera ante la Guadalupana, enfrentando las dos representaciones de la Virgen que más veneración y culto tienen en el corazón de los mexicanos.

Si como leyenda tiene su poético sabor especial, juzgándola con el severo criterio histórico, no pude resistir a un examen serio por falta de comprobantes unas veces y otras porque la leyenda está en contra de la verdad histórica.

La tradición que cuentan fray Antonio de Santa María y D. Jacinto Arias de Quintana Dueñas, que reproduce D. Cayetano Cabrera y Quinte-

ro en su Escudo de Armas de México, no parecen ser pruebas bastantes para creer que esa escultura haya sido la que acompañó a Don Pelayo y ni que esté episodio del niño confiado a las aguas para su salvación sea cierto.

En la historia de esos tiempos han quedado muchos episodios muy oscuros por falta de datos y éste no lo he encontrado en otro autor antiguo. Sin embargo en una de las eruditas obras del P. Antonio de Quintana Dueñas S. J., intitulada Santos de la Imperial Ciudad de Toledo y su Arzobispado, impreso en 1615 dice: a fs. 95 "que se conservaba en el convento de los frailes cistercienses de alcántara en el encaxe de una pared de una rica capilla una caja en la que es tradición fué en la que vino este infante".

Pero si Don Pelayo según esos cronistas nació cuando reinaba Vitiza resultaría que cuando la batalla de Covadonga sería un jovencito y sabemos que entonces ya había celebrado tratados sagaces con sus invasores y había sido coronado Rey, lo que sería difícil que hubiera hecho en la edad infantil que resultaría de la leyenda y aun cuando los acontecimientos se hubieran desarrollado cuando el Rey Vitiza gobernaba en compañía de su padre Egica los cántabro-asturianos y los restos visigóticos no hubieran puesto la corona en tan terribles momentos en manos de un niño inexperto. No era Don Pelayo en verdad un viejo sino un joven cuando esos acontecimientos tuvieron lugar, pero no un niño como tendría que ser ajustando la cronología con la tradición. Lo hicieron rey por sus méritos no por herencia, pues la monarquía hereditaria no la seguían con fijeza y tampoco se puede creer que fuera un *rey símbolo* y que los ministros gobernaran por él.

No existen tampoco pruebas convincentes de que la escultura que trajo Villafuerte a la Nueva España fuera la misma de Don Pelayo, ni aun se podría asegurar que fuera la de ese conquistador, la que estuvo en el templo mayor, y aunque hay muchas probabilidades que la de Villafuerte sea la que tiene tanto culto en su santuario, no está enteramente comprobado. Bernal Díaz del Castillo no nos dice nada sobre el particular y sin duda no se le hubiera quedado en el tintero.

La leyenda del cacique no pasa de ser una conseja infantil como tantas otras de esa época, en que se forjaron muchas con la particularidad de su semejanza en los detalles. Según esta leyenda se pinta al cacique cuando muy enfermo se hizo conducir al santuario de la Guadalupeana y ésta le mandó que construyese una ermita o iglesia a la de los Remedios lo cual es un anacronismo, porque según los datos que existen parece que se empezó la iglesia a la Virgen del Tepeyac en 1534 y consta en varios procesos de la justicia eclesiástica, que en 1527 ya estaba construída la de los Remedios, pues a varios conquistadores se les condenó a que fueran a pie a oír una misa hasta este santuario y en el acta de cabildo de la ciudad de México de 21 de julio de 1528 ya se hace referencia a que estaba construída la "ermita de los Remedios".

En opinión del P. Florencia en su "Tesoro Escondido" (pág. 15) las apariciones al cacique para que se le construyera "siquiera una ermita"

empezaron en 1540 es decir 13 años después de la fecha en que consta que ya estaba construída.

La Virgen de los Remedios ha sido en México considerada por los habitantes como la patrona de las lluvias; cuando éstas se retrasan y por la resequedad de la tierra no se pueden hacer las siembras o las que están hechas están secándose por el calor, las gentes invocan a la Virgen de los Remedios y entonces el Cabildo Eclesiástico va por ella a su santuario y antiguamente venía en solemne procesión y se dió muchas veces el caso de tenerse que detener en el camino por los fuertes aguaceros que caían antes de llegar a la Catedral. Sobre este particular los diarios de Guijo y de Robles nos traen muy curiosos datos y citan entre varios, cuando se tuvo que refugiar la comitiva en la iglesia de Santa Clara.

Nuestro finado amigo el erudito historiador e infatigable investigador Sr. Canónigo Vicente de P. Andrade hizo una lista muy curiosa de las veces que la imagen fué traída a la Capital.

